

Capítulo I

Sospecho que, incluso antes de nacer, nos adjudican un guión oculto, escrito por un loco. Puede ser que en sus ratos de ocio esboce borradores y los reparta enumerados. Me parece que inventa tramas a medida de los protagonistas, porque muchas historias se entrecruzan, se revuelven inconclusas, terminan a veces sin haber empezado y, algunas, simplemente se pierden. Por momentos, presiento que el autor es más listo que yo y sabe pasar inadvertido. Debe intuir que vigilo sus pasos y eso le hace actuar con cautela y, además, da la impresión de que se ríe de mí por mi osadía, pero no estoy seguro de nada. Encadeno los hechos para encontrar pistas que me lleven a descubrir si el curso de una vida, ese enigma al que llamamos destino, podría modificarse improvisando o hay algún poder que trabaja para el loco. Al leer el guión que le tocó a la doctora Alejandra Viera y a los que compartieron escenas con ella, decidí investigar para cerciorarme de si actuaron con libertad o se limitaron a interpretar, plano por plano, el papel que les correspondía.

Alejandra imaginaba que el universo y los seres que lo habitan se mueven desprovistos de intenciones ajenas, sin embargo, Alejandra Viera no había leído su guión, y yo sí, y por eso quiero saber más. Ella jamás pensó que su afán por dedicarse a la medicina no era suyo y tampoco adivinó que su historia estuviese anotada en el cuaderno del loco desde antiguo. En una tarde oscura de diciembre, dos días antes de que terminase el año, las hermanas Viera escuchaban el agua caer

con fuerza contra la ventana del dormitorio. Alejandra bajó la persiana y, sin inmutarse por los truenos, expresó sus intenciones. “*Cuando sea mayor curaré a los demás*”. Cecilia, la más pequeña de las cuatro, arrimada a Isabel, se quedó pensativa. “*Cuando yo sea mayor encontraré a mi madrina*”, deseó la niña. Soñaba con su regalo de navidad de aquel año. De nuevo suplicó tener noticias de Cecilia Roca. Temía que, un año más, sus hermanas recibiesen regalos de sus respectivas madrinas, y que ella, un año más, no supiese absolutamente nada de la suya. ¿Por qué la apadrinaron y desaparecieron? ¿Por qué Cecilia Roca, española, se casó con Julio Carhuanina, peruano, y se marcharon a Lima dos años después de que ella naciese? Esas preguntas jugaban en su mente de niña. Cecilia, temerosa de todo en aquel tiempo, a veces la imaginaba muerta. El miedo a la tormenta y a la muerte la obligó a refugiarse bajo las sábanas aquella tarde, porque ella se escondía de todo, en aquel tiempo. Sin embargo, ahora ya ni el loco que los voltea a su placer la atemoriza. Será también que el paso del tiempo le enseñó que los fantasmas de la noche desaparecen con el día o será que el miedo acaba por marcharse, como lo hacen los días y las noches, y también los recuerdos y, hasta incluso, el olvido.

Alejandra, a pesar de haber nacido la segunda y de llevarse dos años con Isabel, desempeñaba el rol de la primogénita, y sus tres hermanas supieron, al escucharla, que sería médico, como había anunciado.

Mientras crecía, en sus juegos de niña, libraba a los peluches de todos los parásitos que urgían en sus cuerpos de trapo. Sacaba las jeringas y vendajes de la caja de lata en que guardaba, improvisado, un botiquín de campaña, con los restos de los medicamentos que se iban caducando, como lo hacía también el calendario de los sueños y deseos que amontonaban entonces las crías en su casa.

Cecilia se preguntó muchas veces, desde aquella tarde de tormenta, por qué su hermana anhelaba sanar a todos. Ignoraba el motivo por el que Alejandra, en esta

existencia, había sido llamada a paliar el dolor de los otros, sin embargo, fue testigo de cuándo se materializó su empeño por primera vez. Una mañana, diez años después de la tarde de tormenta, Alejandra regresó a casa satisfecha con el título de médico protegido por un fino cristal y enmarcado en un listoncillo dorado. Cecilia la abrazó, esbozó una sonrisa de admiración y contempló el cuadro. Después lo sujetó con cuidado mientras su hermana buscaba una punta. A falta de martillo, Alejandra golpeó con el tacón gastado de uno de sus zapatos y clavó la punta en la pared. Las dos miraron el trofeo satisfechas, y Alejandra esperó, nerviosa, clientes mórbidos.

La primera en enfermar, acorralando la impaciencia de la doctora Viera por comenzar el trabajo cuanto antes, fue Cecilia. En su conexión de hermanas parecían darse una a la otra lo que necesitaban sin pedirlo, y Alejandra necesitó entonces un enfermo al que curar, y Cecilia, sin proponérselo, se prestó para que la doctora se estrenase. Palideció de pronto. Un sudor frío la envolvió. Su boca se desfiguró, quedando torcida hacia la izquierda y, sin síntomas previos, el ojo derecho se le cerró impulsado por una palanca invisible. Aterrorizada, palpó un rostro que le resultó desconocido. Una cara que aún conservaba restos de ella la miraba con estupor desde dentro del espejo. Eran los mismos ojos oscuros, la misma boca pequeña y la misma nariz redondeada en su extremo. Era su cara, en cambio, ya no era suya. Cecilia limpió el vidrio con una toalla para espantar a aquel antifaz deforme. Bajo el cristal, un ojo, tan suyo, y a la vez tan ajeno, la seguía. El otro ojo hacía rato que permanecía eclipsado, y Cecilia era incapaz de abrirlo. Asustada, palpó sus mejillas e intentó silbar, sin embargo, solo salía aire por su boca. Ningún sonido armonioso acompañaba al aire.

—¡Alejandra! —vociferó, tiritando.

—¿Qué quieres? ¡Estoy leyendo!

—¡Corre! —suplicó llorando, delante del espejo, frente a aquel ojo que aún no se había cerrado y tampoco dejaba de mirarla.

—¿Qué tienes? —preguntó Alejandra al llegar junto a su hermana. Sus manos quisieron, sin llegar a tocar siquiera la cara de Cecilia, recomponer de nuevo aquellas facciones que le pertenecieron hasta entonces e hizo memoria de la teoría engullida durante sus años de carrera.

—¡Ven!

—¿Qué me ha pasado? —sollozó Cecilia horrorizada.

—Confía en mí.

La llevó hasta el cuarto. Conchi, la tercera de las hermanas, se besaba con Andrés, su novio desde los catorce años y posterior marido. Alejandra los espantó sin miramientos. Cecilia ardía, y sus dientes castañeteaban, pero no era consciente de la fiebre, porque solo temía que el monstruo que había contemplado en el espejo se quedase en su cara para siempre. Alejandra la tumbó sobre la cama y colocó paños de agua fría sobre su frente. Las mejillas de Cecilia se colorearon a trozos y, al minuto, se llenaron de granos como escarabajos rojizos que se extendieron por el resto de su cuerpo. Alejandra soplaba despacio sobre las heridas, que avanzaban como bandadas de insectos putrefactos y parecían mejorar al recibir su aliento. Cecilia durmió durante tres amaneceres bajo la atenta mirada de Alejandra y, desde su ensueño, escuchó las quejas de su hermana Isabel culpando a Alejandra de su estado. Sintió el olor a madera de las manos de su padre. Oyó a Conchi llorar desde algún rincón del cuarto. Supo también que su madre le acariciaba la frente a menudo, porque notaba su presencia y entendió que había permanecido inmutable al lado de la cama, junto a ella, como cuando enfermaba de niña y soñaba con que Cecilia Roca la visitase.

A la semana, las fiebres remitieron y las máculas, ya purulentas, se borraron

sin dejar ninguna huella, y su boca, torcida, se enderezó. El párpado caído volvió también a su lugar.

Alejandra había ensayado mil veces con muñecos. Los monigotes que adornaban las paredes asentían, aquellas noches, conformes de haber sido ellos los que le enseñaron a velar sin descanso por los otros. Los peluches se miraban confabulando. Sonreían en secreto sin que Isabel ni Alejandra ni Conchi ni Cecilia, en el lecho, adivinasen que permanecerían allí colgados, hasta que todas ellas dejaran de enredar con juguetes y lo hicieran con hombres de verdad, ya sin ensayos.